

LOS MOLDES DE PYGMALIÓN (SOBRE LOS TRATADOS DE EDUCACIÓN FEMENINA EN EL SIGLO DE ORO)

María Teresa Cacho

Cuando se analizan los textos de educación femenina en la Edad Moderna es inevitable que acuda a la memoria la conversación entre Don Quijote y Sansón Carrasco, en la que el bachiller establecía la aristotélica diferencia entre Poesía e Historia: «El poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron» (II parte, cap. III).

La imagen femenina que plasman los educadores, como ya ha demostrado Mariló Vigil (1986)¹ poco tiene que ver con la mujer real, con sus aspiraciones, sus formas de vida y los modos de comportamiento que conocemos por los documentos históricos o la literatura. Esta imagen, sin embargo, presenta el canon de mujer que los hombres de la época, como imaginativos poetas, se habían forjado y nos muestran, por tanto, no cómo eran, sino cómo creían ellos que debían ser, lo que no es menos interesante y sugestivo.

1. Es una de las más interesantes aportaciones a la historia de las mujeres españolas en el Siglo de Oro. En la comparación que establece entre lo que los moralistas pretendían y las mujeres hacían realmente se demuestra que, afortunadamente, estos moldes no consiguieron los propósitos que los habían dictado. Divide las normas educativas en las destinadas a la soltera, casada, viuda y monja. Para esta última también 1991.

Los textos diseñan unos modelos de perfección femenina desde el punto de vista masculino y los autores pueden decir como Don Quijote de Dulcinea: «Píntola en mi imaginación como la deseo» (I parte, cap. XXV). Pero estos educadores van más lejos que el hidalgo manchego en su pretensiones, ya que, partiendo de las imperfecciones e incapacidades de la materia con la que trabajan, la desvastan, pulen y moldean, y pretenden, como modernos Pygmaliones, que estos moldes de honestidad y sumisión cobren vida y se hagan realidad.

Un dato llama especialmente la atención: la escritura de estos textos coincide siempre con los momentos de crisis y movilidad social, en los que se desmoronan los viejos ideales y formas de vida ante el planteamiento de nuevas aspiraciones y, por lo tanto, en los que hace falta en mayor medida un control para apuntalar el viejo edificio social que se derrumba y para recolocar a los individuos en un lugar concreto, ya sea estamental, ideológico o familiar. La mujer, como veremos, será objeto principalísimo de este control y a este fin van encaminadas las obras didácticas, que pretenden mantener a las mujeres inmóviles en una situación de inferioridad y dependencia.

En relación con el resto de Europa, donde los textos de educación femenina comienzan a proliferar a partir del siglo XIII, como demostró en su obra Alice A. Hentsch (1903),² sabemos muy poco sobre los libros educativos de la Edad Media española. El rey Alfonso X, en sus *Siete Partidas*, de mediados del siglo XIII, será el primero en señalar la importancia de la educación de los jóvenes príncipes y princesas, aunque las normas que da en esta obra son generalmente de urbanidad, desde cómo comer sin usar las manos, el aseo y limpieza de sus cuerpos, etc.

En la España medieval abundan más los libros paremiológicos y doctrinales que tratan sobre la condición de las mujeres o que recopilan consejos y cuyo contenido deriva directa-

2. En esta obra se analizan 114 textos, desde *Ad uxorem* de Tertuliano hasta los del siglo XIV. En Francia, Italia y Alemania estos tratados son abundantísimos y su análisis confirma la uniformidad casi absoluta de los criterios masculinos respecto a la mujer desde la alta Edad Media.

mente de la misoginia de los textos eclasiásticos. Pero también se constata la existencia de un mundo femenino que, independientemente de esta concepción religiosa y moral, actúa como protagonista de la vida civil, según su estado, riqueza y poder: sale, trabaja, lleva la casa o el negocio familiar, otorga testamentos, etc.³ Tampoco las normas jurídicas que encontramos en los códigos, fueros y decretos de los distintos reinos establecían diferencias legales respecto al sexo.⁴

Es de suponer también que durante las largas campañas del período de la Reconquista fueran las mujeres quienes tomaran a su cargo el buen funcionamiento de la vida cotidiana, tanto en lo referente al cultivo de la tierra, como en los distintos oficios o incluso el gobierno. Pero cuando la Reconquista se paraliza y cambian los modos de vida guerreros por los propios de un pueblo en paz, asistimos al esfuerzo de fijar al hombre en unos compartimentos que señalen su situación en la sociedad, según la función que desempeñan. Este esfuerzo se centra también en las mujeres, a las que hay que dar un lugar en el nuevo orden social.

En *Los doce trabajos de Hércules* del marqués de Villena, se dividen los estados según la aplicación moral de estos trabajos a la actividad de los humanos:

Ca el mundo es partido en doce estados principales e más señalados, so los cuales todos los otros se entienden, es a saber: estado de príncipe, estado de perlado, estado de caballero, estado de religioso, estado de ciudadano, estado de mercader, estado de labrador, estado de ministral, estado de maestro, estado de discípulo, estado de solitario y estado de mujer [Monreale, p. 1958, p. 12].

Estos, a su vez, se subdividen en muchos otros grupos. Los hombres se organizan en estados según su función en la sociedad. Las mujeres, sin embargo, no entran en estas mismas categorías:

3. Son muy interesantes a este respecto las noticias históricas que da Carmen García Herrero (1990) sobre la vida cotidiana en la Corona de Aragón. Igualmente, las *Jornadas interdisciplinares* (1987) y el *Coloquio Hispano Francés* (1986).

4. *Jornadas interdisciplinares* (1986).

Por estado de mujer entiendo dueña, doncella, moza, casada, viuda, sierva, niña e todos los otros grados femeniles o mujeriegos en cualquier dignidad o sujección que sean hallados [pp. 13-14].

Es decir, que la reina, la hilandera, la labradora, la vendedora o el ama de casa pertenecen a un solo estado, el de mujer, y este se subdivide no según la situación de cada una respecto a la sociedad, como en el caso de los hombres, sino según su situación respecto al hombre. Paralelamente, la nueva práctica matrimonial de la Iglesia será la que fije el control de la mujer casada, aun en las leyes civiles, por lo que la consideración femenina vendrá igualmente marcada moralmente por su situación familiar. Se observa, en las pocas enseñanzas dedicadas a la mujer en la Edad Media, que estos textos solo son consejos para una preparación práctica destinada a un fin concreto: el matrimonio.

Esto ocurre con los *Castigos e doctrinas de un sabio a sus hijas* (Knust, 1878), en los que ya aparecen muy claras las cualidades que formarán el eje de estas obras en todas las épocas:

1.^a Deben tener obediencia ciega al marido; esta sumisión absoluta conseguirá que su marido termine apreciándola. Si el marido la engaña, debe disimular, sin contar nada de ello a su familia. En todo caso, decir algo discretamente a su suegra y, si no sirve de nada, rogar a Dios.

2.^a Castidad; la mujer no solo debe ser honesta, sino parecerlo. Por ello debe ir sin maquillar, lavada con agua clara, y vestida con decencia. Debe estar siempre encerrada en casa y cuidarse mucho de hablar con hombres.

3.^a Economía; debe velar por el gobierno de la casa, procurará con su actitud que el marido no salga a gastar dinero, y criará y aconsejará a las criadas.

Me he detenido en este texto, que sale del ámbito temporal de mi estudio, porque es muy significativo, pues estas mismas palabras y consejos las encontraremos en las plumas de Eximenis, Córdoba, Talavera, Vives, fray Luis, Astete o Herrera, lo que demuestra que la visión de la mujer, aunque pueda variar

ligeramente de una época a otra, es como un retrato o molde fijo en la mentalidad masculina.⁵

Esta crisis de los viejos sistemas normativos medievales, de la que nos habla J.A. Maravall (1967 y 1972), obliga a un replanteamiento de los valores sociales. J.E. Ruiz Doménec (1986, p. 15) afirma que «la aceptación radical de la mujer en el interior de la sociedad significa una desarticulación de los principios regitivos que durante siglos han configurado la historia». Asistimos a una alternancia entre la necesidad de descubrir al otro en la mujer y quién sea ella, en el esfuerzo de una sociedad civil plasmado en los textos literarios y las obras de arte, y la reacción de la moral eclesiástica, que intenta imponer la ideología clerical sobre los asuntos mundanos, bajo la amenaza de una doctrina que muestra la vida terrena como un lugar de penitencia y un camino para la eternidad. Surgirá así una de las mayores polémicas que sobre este sexo se han dado en el mundo de la literatura: las alabanzas desmedidas y las peores descalificaciones en torno a la mujer cubren el período literario del siglo XV.⁶

En ella, junto a la concepción cortesana de la mujer, a la búsqueda de rasgos que la doten de una identidad propia, a la consideración de la dama como un ser específico, se alza con

5. Los libros sobre los que baso este estudio son los siguientes: Eximenis, *Lo libre de les dones* (cito por la edición de 1981, 2 vols., Barcelona, Curial Edicions Catalans); Martín Alonso de Córdoba, *Tratado que se intitula Jardín de las nobles doncellas*, s.l., 1542, pero escrito entre 1468-1469; fray Hernando de Talavera, *Avisación a la virtuosa y noble señora doña Marta Pacheco, condesa de Benavente, de cómo se debe cada día ordenar y ocupar el tiempo y el Tratado provechoso que demuestra cómo en el vestir y el calzar comunmente se cometen muchos pecados y aun también en el comer y en el beber, ambos incluidos en Breve y muy provechosa doctrina de lo que debe saber todo cristiano, con otros tratados muy provechosos*, Granada, 1496; Juan Luis Vives, *Libro llamado Instrucción de la mujer cristiana, el cual contiene cómo se ha de criar una virgen hasta casarla y después de casada cómo ha de regir su casa y vivir prósperamente con su marido, y si fuere viuda, lo que es temida a hacer*, Traducido ahora nuevamente de latín en romance por Juan Justiniano [...] dirigido a la serenísima reina Germana, mi señora, Valencia 1528, que es una versión de la *Institutione feminae christiana*; fray Luis de León, *La perfecta casada*, Salamanca, 1583; Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y donzellas*, Burgos, 1602; fray Alonso de Herrera, *Espejo de la perfecta casada*, Granada, 1637 (citado por M.^a Pilar Oñate, 1938, pp. 141-143). He modernizado la ortografía en todas las citas.

6. M.^a Pilar Oñate (1938) ofrece en su obra, todavía vigente, un buen panorama de esta polémica en España, a través de los textos literarios de los autores pro y antifeministas.

tremenda fuerza la voz misógina que recoge la tradición oriental, la bíblica y los textos morales de los Santos Padres (no se puede olvidar el *Adversus mulieris* de San Gregorio Nacianceno). Con ellos se va forjando una línea doctrinal en la que la mujer, aunque ya considerada ser racional, aparece cargada de defectos: codiciosa, envidiosa, inconstante, falsa, desobediente, soberbia, vanidosa, murmuradora y caprichosa.⁷

Esta imagen subyace en los textos de educación femenina posteriores. Los educadores tienen muy presente por dónde la flaqueza de la mujer tiene sus despeñaderos y todo su afán será que su disciplina ayude a enmendar la proclividad que hacia ellos tiene por naturaleza. Naturalmente, la tradición moralista no pasa sin variaciones a la modernidad, sino que, según J. Sánchez Lora (1988, p. 32) «sufrirá un proceso de refinición que llevará a formulaciones más complejas y racionalizadas, que darán lugar a todo un cuerpo de doctrina ético-social, con el sustento ideológico masivo, no sólo de la teología, sino también de la filosofía natural».

La Edad Moderna supone también un concepto nuevo del tiempo y de la vida, y los cambios sociales y económicos hacen que la cultura urbana se desarrolle a expensas de la rural. La nueva economía burguesa y mercantil obliga a crear otra jerarquía de valores como la honestidad en los tratos, la seriedad, el orden, la mesura, la dignidad, el decoro, la laboriosidad, que se aplican igualmente a una moral del comportamiento que se convierte en valor social y que veremos reflejada inmediatamente en los tratados de educación. El conocimiento y práctica de estos valores supone para los burgueses, junto con la riqueza, un importante motor de ascenso, como demostró Maravall (1972). La honorabilidad, honestidad y laboriosidad del burgués se aplican a la vida familiar, con lo que se reestablece la fidelidad matrimonial y se empieza a dar enorme importancia al sexto mandamiento. Todo ello se refleja en las normas para la educación femenina, pues era imprescindible que una joven burguesa estuviera «bien educada», pues así tendría más posibilidades de hacer un matrimonio

7. Un breve e interesante estudio con una buena aportación bibliográfica es el de M. Jesús Lacarra (1986).

conveniente. Estos valores, en la preparación de la mujer, se aplican a las normas de su comportamiento en el seno de la familia, como hija, esposa y madre. Pero, aunque la causa sea social, la justificación de estas normas continuará siendo moral y religiosa, partiendo de la Biblia, por lo que no podrá tener contestación posible.

Los tratados de educación femenina serán, pues, un instrumento de control social, cuyo objeto es colocar al hombre como principio de orden y jerarquía, ya que la mujer se contempla como un factor de disolución y desorden. Pero, por otra parte, también es un ser insustituible para la reproducción y crianza de los hijos, base de la familia, al igual que el abrigo para las pasiones masculinas. La justificación que da Juan Justiniano en el proemio de su traducción de la *Instrucción para la mujer cristiana* de Luis Vives (1929) sobre la necesidad de un libro para la educación femenina es que, si hay que educar a los hombres:

Cuánto mayor cuidado debemos poner en la crianza y vida de la mujer cristiana, siendo tan importante al vivir humano, que todo el bien y el mal que en el mundo se hace, se puede sin yerro decir ser por causa de las mujeres.

Este control al que la mujer debe estar sometida se organiza en todos los libros de educación femenina del Siglo de Oro, sin excepciones:

- 1.º estableciendo sus diferencias respecto al varón;
- 2.º ubicándola en la sociedad como un ser secundario y dependiente, y
- 3.º dando pautas de comportamiento, derivadas de los dos puntos anteriores y del concepto de lo femenino heredado de la tradición medieval. Este comportamiento se puede resumir en tres valores fundamentales que, primando unos sobre otros según la época, constituyen la médula espinal de todos los tratados: obediencia, honestidad y laboriosidad.

Las diferencias físicas de la mujer respecto al varón se establecen desde el principio. Ya don Enrique de Villena marcaba

esta distinción y por ello la coloca en el trabajo XII de Hércules que consistió en sustituir a Atlas en el sostenimiento del mundo. Alaba, por tanto, su ánimo y fortaleza, pero subraya que tiene la rodilla doblada:

Ya por la edad, ya que envejecen antes que el hombre [o porque] por la composición más flaca, no valen tan áspere como los hombres sostener vida [p. 135].

La mujer se presenta siempre como un ser débil físicamente, lo que es síntoma, según aparece en los libros de los educadores, de su debilidad de espíritu y de razón. Fray Martín Alonso de Córdoba en su *Jardín de las nobles doncellas* (1468-1469?), aun concediendo que el alma de la mujer es intelectual y que no tiene diferencias en ello con el hombre, sí hace una diferencia respecto al físico, que lleva aparejada una diferencia moral. Así, hablando de la inconstancia de la mujer, dice:

[...] por ventura les viene de la flebe complexión del cuerpo, así como las mujeres tienen el cuerpo muelle y tierno, así sus voluntades y deseos son variables y no constantes [parte II, cap. IV].

Huarte de San Juan en el *Examen de Ingenios* (1575) dice que las carnes de la mujer y de los niños son más blandas que las de los hombres; por ello tendrán peor ingenio que ellos (Torres, 1977, p. 143).

Todos los textos subrayan, partiendo de san Isidoro y como primer factor diferencial, que Eva (y por tanto, todas sus descendientes) nacerá de una costilla de Adán, lo que marcará su diferencia e inferioridad física, pues tendrá la forma encorvada del hueso del que surge. Así, Hernando de Talavera nos dice en el *Tratado provechoso*:

Verdad es que es cosa natural a las mujeres ser bajas de cuerpo, delgadas y estrechas de ancas y de pechos y de espalda y de pequeña cabeza, y aún como dice San Isidoro, ser un poco acorvadas, como lo es y era la costilla de que fue formada la primera mujer. [Naturalmente, de lo físico se pasa inmediatamente a lo moral:] [...] como Nuestro Señor haya querido que

las mujeres sean comúnmente pequeñas y menores que los varones, porque por ellos han de ser regidas, como por mayores [XXIII].

Lo mismo indicará cien años más tarde fray Hernando de Zárate en sus *Discursos de la paciencia cristiana* (1593):

Habiendo de ser la mujer sujeta al marido, por voluntad y sentencia del mismo Dios y, habiéndola en significación desto criado de la costilla, y no de hueso derecho, sino acorcovado, como algunos doctores notan, para dar a entender su perpetua sujeción [Libro VIII, discurso III].

También Luis Vives en *Instrucción de la mujer cristiana* cree que éste es el motivo por el que la mujer debe estar bajo la tutela del marido:

Aunque de los dos se han tornado uno, la mujer es hija del marido porque salió de su costado, es más inclinable y flaca y menos aparejada para sostener las flaquezas que acarrea la vida humana, a cuya causa le es menester de amparo [XXII].

En realidad, en este párrafo, Vives no hace sino repetir las palabras de su maestro san Pablo:

[El hombre] es imagen y reflejo de Dios, pero la mujer es gloria del hombre, pues no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre, ni tampoco fue creado el hombre para la mujer, sino la mujer para el hombre [I Epístola a los Corintios, 11, 7].

El físico de las mujeres estará configurado también para su función primordial, para la que ha sido creada en este mundo: parir hijos, como señala Talavera:

Que sean anchas y gruesas de renes, de vientre y de caderas, porque puedan bien caber las criaturas que allí han de concebir y tener nueve meses [Tratado, XXIII].

En cuanto al engendrar hijos, no falta alguna voz que indica que el papel de la mujer, incluso en este terreno, es pura-

mente pasivo y secundario. Así dice fray Luis de León en *La perfecta casada* (1583):

La madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre de la cual la virtud del varón, figurándola, hace carne y huesos [XVIII].

Todas estas ideas recibirán confirmación en las nuevas corrientes científicas, que avalaron el hecho diferencial. Uno de los escritores que más influencia ejerció en España con sus doctrinas biológicas y médicas fue Huarte de San Juan con su obra citada *Examen de ingenios para las ciencias*. En este texto se afirma que la naturaleza femenina está excluida del ánimo racional, pues todos los médicos, empezando por Galeno, están de acuerdo en que la la mujer está conformada de frialdad y humedad, frente al hombre, que está hecho de calor y sequedad. La frialdad echa a perder todas las obras del ánimo, y además de impedir el movimiento a las personas, lo hace también con las imágenes. Por ello las ideas, en una naturaleza fría como la de la mujer, se quedan inmóviles en el cerebro y esta fijación de ideas es la que genera la tozudeza femenina. La frialdad y humedad de su morfología la inutilizará también para las ciencias.

Como ya ha señalado Mariló Vigil (1986, p. 15), Reissman (1974) destaca que las diferencias biológicas, reales o supuestas, pueden ser utilizadas como base para la estratificación social: «[...] se invoca lo biológico como justificante para apoyar desigualdades sociales ya existentes». En efecto, todas las diferencias que se señalan entre el hombre y la mujer servirán de base a la imposición de obediencia y sujeción que la segunda debe al primero.

A pesar de ello, estas diferencias físicas son las menos señaladas. Se busca la descalificación moral como base para ponderar que su inferioridad en esta materia respecto al varón es la causa por la que las mujeres le deben sumisión, obediencia y respeto. Así se marcan la falta de razón, de ánimo, de discreción, al igual que la mala inclinación natural.

Martín de Córdoba lo dice muy claramente en su obra: son intemperadas, parleras, porfiosas, variables e inconstantes:

Las mujeres siguen los apetitos carnales como es comer e dormir e folgar e otros que son peores. E esto les viene porque en ellas no es tan fuerte la razón como en los varones [...] Pero ellas más son carne que espíritu. [Y más adelante insiste:] Ser parleras les viene de flaqueza [...] Ser porfiosas les viene de falta de razón [parte II, cap. IV].

También Vives señalará que las pasiones tienen en ellas mayor fuerza, por ser por naturaleza más inclinadas al placer que los hombres y, pues no tienen muy firme el pensamiento, «en poco espacio de tiempo corren mucha tierra, a veces mala» (II), ya que sólo son capaces de pensar maldades (X), son más temerosas (VI), más naturalmente codiciosas (VIII), la envidia nunca las abandona, no tienen continencia, son melindrosas (XII), la razón está tan alejada de su seso que siempre eligen lo peor (XVIII), están más movidas a la ira y más avisadas en asechanzas que los hombres (XXIII). Exclama:

¡Poderoso Dios, cuán peligrosa guerra le hacen a la mujer (si no está sobre aviso) tres crudelísimas fieras: soberbia, ira y envidia [XII].

Todo ello imposible en un ser que debería ser humilde, pues es «inhábil para vivir sola y siempre tiene necesidad de amparo y favor ajeno» (*ibid*).

Tal vez el más convencido de la inferioridad moral femenina sea fray Luis de León. Partiendo de los *Proverbios* (cap. 21), que será el texto parafraseado para dar consejos a su destinataria, dedica toda la primera parte de la obra a subrayar cómo la mujer, hecha de materia deleznable, tiene mayores dificultades que el hombre para alcanzar la virtud, por lo que la virtuosa es más digna de alabanza, por ser algo rarísimo, ya que la que hace algo bueno se sale de su naturaleza. En un sujeto tan flaco el bien es algo extraordinario:

[Son muchos] sus siniestros malos. Los cuales son tantos, a la verdad y tan extraordinarios y diferentes entre sí, que con ser de un linaje y especie, parecen de diversas especies. [Sigue, citando a Focílides:] En ellas solas se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje, que unas hay cerriles y libres como caballos, otras resabidas como

raposas, otras labradoras, otras mudables a todos colores, otras pesadas como tierra [II].

Esta «cosa de tan poco ser como ese sujeto que llamamos mujer» (IV) se desenfrena más que el hombre y se destempla de forma que su apetito no tiene fin (II), es «maestra de invenciones» (III), no tiene cordura, ni seso, ni valor (IV), es más inclinada al regalo, un melindre, un lijo y un asco (VII), se vuelve fácilmente ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, parlera, chismosa, jugadora (VIII), avariciosa (IX), vanidosa (XII).

Por ello, fray Luis justifica la necesidad de escribir obras que la eduquen en el buen camino, en palabras ya muy diferentes a las que vimos de Juan Justiniano, que nos demuestran el cambio ideológico y social que se había efectuado:

Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa [...] para que tanta flaqueza salga con victoria [...] cuanto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada, tiene necesidad de mayor ayuda y favor [II].

Naturalmente, este ser débil y carente de buen sentido debe obedecer y seguir al hombre, ente original y superior en todos los terrenos. Pero, para obligar a la mujer a su deber de obediencia hacia el hombre, no basta descalificarla física y moralmente. Se aducirán otros motivos que pesan más en esta consideración de la inferioridad femenina y que provienen de las leyes, tanto de Dios como de la naturaleza. Por supuesto, el primer motivo lo encontramos en la ley divina, cuyo origen está en el pecado de Eva. Dice Talavera, tras señalar la inferioridad femenina respecto al hombre, en *Avisación*:

Si esto os parece grave, quejadvos de la primera madre, que para toda su posteridad mereció esta sujeción por su grande liviandad. La creyó muy de ligero las mentiras de Satanás y no esperó el consejo de su buen marido Adán, antes ella le fue a aconsejar que tomara el fruto vedado [III].

Con ello no hace sino recordar las palabras de san Pablo en su I Epístola a Timoteo:

Pues primero fue formado Adán, después Eva, y no fue Adán el que se dejó engañar, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión [2, 13].

Sin embargo, no es éste el único motivo. La ley natural, aunque no hubiese existido la divina, también señalará la diferencia y minusvalía de la mujer en lo moral y social. Ya lo expresa incluso don Juan Manuel en su *Libro de los Estados* (parte II, cap. III): «Ahí se guarda orden natural, que es en la mujer ser sujeta a su marido». Más adelante, todos los autores echarán mano de la naturaleza para apoyar su doctrina. El mismo Hernando de Talavera, tras la aseveración que hemos visto antes, añade:

Pero aunque no hubiera pecado, era cosa natural y mucho razonable que la mujer que comunmente, como tiene flaco el cerebro y mucho menor el esfuerzo, así no tiene tan cumplida discreción, siga y obedezca el deseo y querer del varón, que en todo es más perfecto. La ley es general: que todas las cosas inferiores y menores sean movidas y regidas por las superiores y mayores, como lo son los hombres por los buenos ángeles. [III] [Y más adelante:] Las mujeres son naturalmente fechas para ser regidas y subjectas [IX].

El eco de estas ideas lo encontramos un siglo más tarde, incluso en la literatura, en los *Diálogos de apacible entretenimiento* (1606) de Gaspar Lucas Hidalgo:

Si cada cosa se ha de medir con el fin para que fue criada [...] el fin para que se dio la mujer a la naturaleza humana fue para compañera del hombre y de tal manera que el varón sea su dueño y cabeza [cap. IV].

Fray Luis de León señala también que el estado natural de la mujer, en comparación con el del hombre, es estado humilde. Por ello debe resignarse a vivir conforme con lo que Dios y la naturaleza le han concedido, que es estar al servicio del varón, y, como veremos, de la economía del hogar:

La hermosura de la vida no es otra cosa que el obrar cada uno conforme a lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado

de la mujer, en comparación del marido, es estado humilde. [...] Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, médanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte [XVII].

Por otra parte, la influencia de Erasmo en España, como ya estudió Marcel Bataillon (1937) contribuyó a la difusión de las Epístolas de san Pablo, que ya hemos visto que subyacen en la mayoría de los textos educativos. Aunque en ellas se subraya la correspondencia que debe haber entre hombre y mujer respecto a sus obligaciones, cosa que todos los erasmistas aceptaron, hizo que otros autores tomaran de ellas sólo la premisa de la inferioridad y deber de obediencia de las mujeres. Dicen las Epístolas:

Quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo, que la cabeza de la mujer es el hombre [Corintios, I, 11, 3] Las mujeres estén sujetas a sus maridos como al Señor, pues el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia [Efesios, 5, 22]. Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor [Colosenses, 3, 18].

Esta sujeción y obediencia, marcadas por la inferioridad física y moral de la mujer y confirmadas por la ley divina, por la ley natural, por la ley de la Iglesia y por la norma social, conformará la vida de la mujer en su relación con el varón, especialmente con el marido. Así, todos los libros de educación femenina tendrán esta como la primera y principal norma de enseñanza. Vives dice claramente que la desobediencia corrompe las leyes de Dios, las naturales y las humanas, como si la luna quisiera ser más que el sol, o el brazo que la cabeza:

No sólo la usanza y costumbre [...] las leyes divinas y humanas y la misma naturaleza da voces y manda expresamente que la mujer debe ser sujeta al marido y le debe obedecer. [Y termina diciéndo a su discípula:] No tendrás tú el privilegio que Dios y natura no dio, mientras el mundo es mundo [cap. XXIII].

Fray Hernando de Talavera, en *Avisación*, recuerda la negación de la voluntad propia y la obediencia a la voluntad del marido como virtud imprescindible:

Debéis mirar, noble señora, que no sois libre para hacer vuestra voluntad, ca el día que fuisteis ayuntada al marido en estado matrimonial, ese día perdistes vuestra voluntad [...] sois sujeta a él y obligada a conformar con su voluntad [III].

Por ello le parece imposible dar reglas para la vida femenina, ya que «dormir o velar, rezar o hablar, trabajar u holgar» lo debe hacer la mujer según la voluntad ajena, y si el marido le manda otra cosa diferente a las que se aconseja, la mujer no quedará tranquila. Por ello, incluso rezar, ir a la iglesia, dar limosna, ayunar y demás obras virtuosas, solo se aconsejan si el marido lo manda. Lo repite también en el *Tratado provechoso*:

En todo lo que no es malo, es obligada a se conformar con el querer y la voluntad de su marido, como el súbdito religioso a la voluntad de su prelado [XXII].

Las mismas frases encontramos en Vives, pues está de acuerdo con Talavera en que solo los mandamientos divinos están por encima del hombre. Las leyes de la Iglesia están por debajo de la voluntad del marido que es libre, señor y cabeza de la mujer, alma del cuerpo matrimonial y a quien ella debe obedecer como si fuera su esclava y la hubiera comprado con dinero (XXII). Dice más:

No hay duda que la mujer debe obedecer al marido y tener sus mandamientos como si fueran leyes divinas, como sea que el marido tiene el lugar de Dios en la tierra para con la mujer [XVIII].

Si Vives considera al hombre el Dios de la mujer, Fray Luis pensará, como veremos, que las mujeres solo han sido criadas para este oficio natural que es agradar, servir, alegrar y ayudar al hombre, al que deben soportar con paciencia y alegría.

Consecuencia de esta sumisión será la obligación, que proviene también de san Pablo, del silencio en la mujer:

La mujer aprenda en silencio, con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe, ni domine al marido, sino que ha de estar en silencio [Timoteo I, 2, 11].

Que las mujeres no hablen en los sermones, pues a ellas no les es permitido hablar, antes bien, estén sometidas. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos [Corintios I, 7, 34].

Todos los educadores los piden: Córdoba (VI): «Que la mujer ponga silencio e guarda en su lengua»; Vives (III, XIII, XVIII y XXII): «La causa de ser algunas mujeres desgobernadas de la lengua no procede sino del desgobernado del ánimo», fray Luis XVI: «El mejor consejo que les podemos dar es rogarles que se callen, y ya que son poco sabias, se esfuercen en ser mucho calladas [...] porque en todas es, no solo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco».

Esta sumisión y obediencia deberá incluso venir subrayada por algún signo exterior, que para san Pablo (Corintios, I, 11, 7) era llevar la cabeza cubierta, lo que mostraría su sujeción. Esta señal aparece también tanto en los textos educativos como en los morales. En los primeros, Hernando de Talavera dice en su *Tratado provechoso* que la mujer llevará la cabeza tapada:

[...] por dar a entender que el varón [...] es cabeza de la mujer y ella ha de ser sujeta al varón y regida y gobernada por él y no el varón por la mujer [VI].

Y tras señalar que el Génesis daba esta norma como castigo, vuelve a recordar que «aunque no por aquella manera», la condición y ley natural de la mujer le exige ser sujeta al hombre «y ha de ser quiera o no quiera» (IV).

Cristóbal de Fonseca, en su *Tratado del amor de Dios* (1592), va más allá, pues indica que la obligación de la mujer de llevar cubierta la cabeza está impuesta como señal de esclavitud, ya que si «el hombre es semejante a Dios, entre otras muchas cosas, en el dominio, en esta semejanza no entra la mujer». Otros autores, sin embargo, buscan esta señal incluso en las costumbres femeninas, como Francisco Santos en su *Día y noche de Madrid* (1663):

Primero es el hombre, que ella su esclava es, pues para señal de que sale sujeta al hombre, así que nace le taladran las orejas, donde le ponen un eslabón de cadena, señal de esclavitud, y caso que niegue eso, no negará lo que dice la Iglesia.⁸

Sentado, pues, el principio de inferioridad femenina, que exige sujeción, silencio y obediencia ciega, a la mujer se le pedirán también otras virtudes en su comportamiento. La virtud primera de la mujer será la de la honestidad y esta deberá ser su principal cuidado, pues lo único que puede ofrecerle al marido es castidad y buena fama. Dice Vives que la educación de los hombres exige que se les prepare para que tengan muchas prendas:

[...] pero de la mujer nadie busca elocuencia o grandes primores de ingenio o administración de ciudades, o memoria, o liberalidad. Sola una cosa se requiere de ella y esta es la castidad, la cual, si le falta, no es más que si al hombre le faltara todo [VI].

Fray Luis de León, sin embargo, prefiere no hablar de honestidad, ya que esta no cuenta siquiera y se da por supuesta, pues si una mujer no es honesta «no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo cieno y basura la más hedionda de todas y la más despreciable» (III). Así como en el hombre el tener entendimiento no es digno de alabanza, porque viene en su naturaleza, así tampoco es loable la castidad en la mujer, en la que ya es deshonestidad el solo pensamiento de que puede dejar de ser casta.

Quebrar la mujer a su marido la fe es perder las estrellas su luz y caerse los cielos y quebrantar sus leyes la naturaleza y volverse todo en aquella confusión antigua y primera [III].

Como ya he indicado antes, la sociedad crea un código de control social basado en el honor del que es depositaria la mu-

8. Sánchez Lora (1988) dedica unas interesantísimas páginas a este tema, en las que afirma que la teoría política del barroco exigía el poder absoluto a los monarcas, cabeza de la sociedad. Si solo puede haber una cabeza, el intento por parte de la mujer de ser también dominante podía traer consecuencias sociales y políticas.

jer. En los textos barrocos asistimos a un retroceso en la consideración femenina, respecto a los renacentistas. El nuevo molde presenta a la mujer como la depositaria del honor masculino, en un momento en que el honor es el principio que rige todas las actitudes sociales, el más importante instrumento de control. Como dijo J.A. Maravall (1979) el honor social comienza en el núcleo familiar y continúa en los distintos estamentos; de ahí el carácter básico del honor conyugal y la importancia de que la mujer se someta al código establecido, pues su comportamiento generará la consideración social del hombre y de toda la familia.⁹

Pero este honor se basa solo en la honestidad de las mujeres. Como ya señalaba Gaspar Lucas Hidalgo, el hombre puede tener su honor y reputación basados en las letras, las armas, el gobierno o la virtud, pero la mujer solo puede basarlos en la virtud. Pero las gentes consideraban virtud femenina únicamente la honestidad, de donde venía toda su reputación. Es más, podía ser chismosa, vengativa, vanidosa o malgastadora pero, si públicamente se la tenía por honesta, todos la consideraban, y a su familia con ella, como honrada. «El honor de una mujer solo está colgado de la honestidad y fidelidad a sus dueños» (cap. IV). La consecuencia será un endurecimiento de la moral sexual femenina, que se refleja en los sermones (una de las principales fuentes de información de las mujeres de la época) al igual que en el teatro y en otras obras literarias, como ya ha sido ampliamente estudiado, desde el pionero libro de M.^a Pilar Oñate (1938), hasta obras muy recientes.¹⁰

En cualquier caso, desde los primeros textos educativos asistimos al esfuerzo de preparar a las jóvenes para que ejerciten esta virtud. Así, los consejos que se dan en cualquier época insisten siempre en que las mujeres estén encerradas y en que se provean remedios para no despertar su lujuria.

9. Sobre la importancia del honor en el barroco y las consecuencias que para las mujeres tiene esta situación ideológica, son muy esclarecedores los textos de J.M. Maravall (1975, 1979, 1980).

10. Un panorama bibliográfico imprescindible, en Galstad (1980). Sigue siendo muy útil la obra de Bomli (1950), completada por las aportaciones de Meelvena McKendrick (1974), M. Grazia Profeti (1976), así como las del Coloquio de la GESTE (1989).

Vives pide que en la educación de la joven se esté muy atento a que no salga nunca de casa y que en los casos imprescindibles lo haga acompañada de su madre y después de un rato de meditación. En estos casos, no levantará la vista para mirar, sobre todo a los hombres, no hablará ni preguntará. El no salir de casa es conveniente, entre otras cosas, porque, si no la conoce nadie, no podrán hablar de ella y podrá así guardar su fama (X). Cuando se case, deberá seguir con esta misma costumbre, pues la buena reputación, que es lo mejor que una mujer puede ofrecer a su marido, la tiene solo aquella que siempre está escondida y recogida (XVIII). Lo mismo afirmarán fray Luis y Fonseca, quien recuerda el dicho del filósofo de que la mujer había de tener tres salidas: a bautizarse, a casarse y a enterrarse, que es lo mismo que desearía el padre Astete, enemigo feroz de las ventanas en los aposentos y de cualquier salida de casa, incluso para ir a la iglesia, como vemos en el capítulo X de su *Tratado del gobierno de la familia* (1603).

Los remedios para no caer en la lujuria son de muchas clases, entre ellos los referidos a la alimentación y a la vestimenta. La frialdad natural de la mujer, que tantos inconvenientes plantea para su ánimo racional, será en contrapartida una ayuda para conservar su honestidad. Por ello no debe tomar alimentos que aporten calor. Dice Talavera en su *Tratado provechoso* que no deben añadir especias a la comida porque es «al fuego añadir fuego» (XXII). También Vives le niega los alimentos exquisitos, las especias, los platos calientes y, sobre todo, el vino:

Porque está averiguado que no arden en tanto grado los fuegos del monte Etna, no la tierra de Vulcano, no los montes Vesubio y Olimpo cuanto las cañadas de una mujer, llenas de vino y encendidas con las hachas ardientes de los manjares [cap. VIII].

También Astete pide que se les dé la comida solo templada, compuesta de hortalizas y pescado y agua clara como bebida. Aconseja igualmente que se queden con hambre, para poder hacer ejercicios espirituales después de comer (VI). No es de

extrañar que casi todos presenten el ayuno como una forma de disciplinar al cuerpo y alejarlo del calor. Melchor Cano, en su *Tratado de la victoria de sí mismo* (1550) afirma que del mucho comer y dormir vienen la lujuria y otros pecados. Se dará, pues, a las mujeres, escasa alimentación y deberán dormir en cama dura. Luis Vives señalaba en el capítulo citado la conveniencia de una cama que no fuese blanda ni delicada.

También la ropa podrá influir en su inclinación a la lujuria. Talavera, en su *Tratado provechoso*, tras abominar de la moda de los verdugados por muchas razones, añade otra: que la mucha tela alrededor de las caderas tiene el peligro de que

[...] las escaliente demasiadamente y las provoque, por consiguiente, al mucho lujuriar. [Aconseja en cambio, como dicen los sabios:] [...] que se pongan planchas de plomo en los lomos y en el vientre, para enfriar su lujuria [XXII].

Recomienda, igualmente, que se usen cilicios y ropas ásperas. La mujer que tiene deseos lujuriosos, especialmente la viuda que, como dice Melchor Cano, peligra a veces «por la memoria de las obras pasadas con sus maridos», tiene, según As-tete, algunos remedios como son:

Dormir en el suelo, usar vestidos groseros, levantarse de mañana, sufrir algunas incomodidades, tomar alguna disciplina, postrarse en tierra y otras penitencias como estas [o bien] estar de rodillas algún tiempo, poner los brazos extendidos en cruz, dormir en alguna tabla, humillarse y besar la tierra, no usar de sedas ni paños preciosos [cap. III].

Pero el mayor peligro de caer en la lujuria viene de la ociosidad. A la obligatoriedad de que esté siempre trabajando se apuntan todos los educadores, primero por razones morales, pero muy pronto aparecerán las razones económicas, que conforman a veces todo un libro, como ocurre con *La perfecta casada*.

Si a esto añadimos que todos afirman lo natural del encerramiento femenino (fray Martín de Córdoba dice que «natural cosa es a la mujer estar siempre en casa» [I, VIII]; fray

Hernando de Talavera que «las mujeres fueron hechas para estar encerradas y ocupadas en sus casas» [*Tratado*, V], fray Luis que «entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola» [XVII]; Cristóbal de Fonseca, «que sean muy caseras y recogidas») a la mujer no le quedará (ni la dejarán que se lo planteen) otra alternativa que trabajar en casa, en la custodia, administración y acrecentamiento de los bienes familiares. Ya Fernán Pérez de Guzmán¹¹ señalaba esta función de ecónoma como la fundamental de las mujeres:

*Según esto, sólo les debe restar
que lo que el varón trajere en la nave
ella lo conserve so secreta llave:
porque poco vale ganar sin guardar.*

Eximenis, en *Lo libre de les dones* (ed. moderna, 1981) ve también a la mujer como administradora y conservadora, como comprobamos en los títulos de los capítulos: XCI, «Com la dona deu bé governar su casa»; XCII, «Com les dones deben retenir e guardar los béns de la casa»; XCIII, «En quins casos majorment deu la dona retenir, conservar e amaguar los béns de la casa que nos perden» (pp. 140-143). Pide también a los padres que enseñen a las hijas cosas útiles para que puedan ayudar a la economía familiar: trabajar con seda y lana, hacer paños, tejer, coser, hilar y hacer los vestidos de todos los de la casa «car dona qui no fil, ja sab hom per qui es tenguda» y aclara «aquellas qui no filen, qui estan al bordeyll» (pp. 33-34).

Fray Hernando de Talavera, que dedica su *Avisación* a la condesa de Benavente, sabe que ella no tiene necesidad de hacer economías. Sin embargo, insiste en la conveniencia del trabajo manual, pues la ociosidad es madre de muchos males (VIII). Así, aconseja que pase la tarde haciendo labores y cosiendo, si no para su casa (que es innecesario) para la Iglesia o para los pobres. Se encargará también de mirar que todos los criados hagan su función y de despachar con el mayordomo cada día, para que se vea la vigilancia que tiene en todo lo de la casa (XI).

11. Citado por M^a. Pilar Oñate (1938, p. 32).

Vives ve en el trabajo un remedio para el pecado, pues la ociosidad deja libre al pensamiento, que en la mujer siempre se despeña. Subraya que «nunca jamás entra tan fácilmente el engaño del demonio en el pensamiento de la mujer como cuando la halla ociosa» (VIII). Aunque la mujer sea noble, co-será, hilará y labrará. Pone como ejemplo de vida a la reina Isabel, que enseñó a sus hijas a hacer todas las labores manuales. El ocio no debe llenarse con juegos, pues desatarán la natural codicia de la mujer. Mejor, incluso, que guise, aunque se considere asunto humilde, propio de criadas:

Más feo es el naipe y dado en mano de la mujer que la escudilla o el plato y más deshonesto beber vino de ajeno varón que no dar un poco de caldo de su mano al marido [cap. II].

También Astete opinará lo mismo del trabajo de las mujeres, que no están criadas para otros menesteres, ni tienen necesidad de ejercer otras actividades:

Así como es gloria para el hombre la pluma en la mano y la espada en la cinta, así es gloria para la mujer el huso en la mano, la rueca en la cinta y el ojo en la almohadilla [cap. IX].

Pero será fray Luis de León el que con mayor insistencia hable de la mujer como *ama de casa*. Tanto es así que M.^a Ángeles Durán (1982) ha podido hacer una lectura económica de *La perfecta casada*, en la que demuestra que, aunque los modos productivos y económicos tradicionales habían periclitado, a la mujer se le prohíbe modernizar su función, por lo que quedará relegada al viejo orden de autoconsumo y subsistencia. Señala fray Luis que la primera función, que es la de conservar, está dictada por la ley divina, la ley natural y la razón:

Demás que el Espíritu Santo lo enseña, también lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no solo para fin que se perpetuasen en los hijos [...] sino para que [...] se conservasen [...] porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda [cap. III].

La mujer, de la que dice, siguiendo a Huarte, que es de natural flaco y frío, está hecha para guardar y no para el trabajo exterior al hogar. Por eso la naturaleza juntó a hombre y mujer, para que uno adquiriera y la otra conserve.

Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey: el buey para que are y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio y la obliga a esta virtud y parte de su perfección [*ibid.*].

Esta guarda consiste en dos cosas principales: ser hacendosa y no ser gastadora. Lo primero la llevará a trabajar con sus manos en las labores. Al igual que los escritores ya citados (pero en mayor medida) pide que, desde la reina a la última súbdita, todas labren, hilen y borden para la casa o los pobres, todas vigilen a los criados y lleven cuenta de la economía del hogar:

Y a todas, sin que haya en esto excepción, les está bien y les pertenece, a cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras y el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas [V].

Todos los autores sin excepción, de Eximenis a fray Alonso de Herrera, hacen también hincapié en los gastos de las mujeres, que siempre son para cosas inútiles. Dice fray Luis:

Los hombres, si acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas u honrosas [...] de utilidad y provecho [...] mas el gasto de las mujeres, es todo en el aire; el gasto muy grande y aquello en que se gasta, ni vale, ni luce [III].

La mujer gasta en ropas, perfumes, afeites, en cosas de vanidad, lo que supone un pecado y además un desorden social y un problema económico.¹² Ximénez Patón en el prólogo a su

12. También esta recomendación proviene de san Pablo (Timoteo, I, 2, 9), como vemos en Eximenis (pp. 35-50). Pero desde Hernando de Talavera se añade como causa, a la natural condición de humildad, la de que significa un desorden social («hasta los labradores y escuderos quieren vestir como ricos»), que pasa después a

Reforma de trajes (1638) en donde sigue el texto de Fray Hernando de Talavera, se extraña de que en tiempos de este autor (que los barrocos ven como un mundo ideal y de buenas costumbres) hiciera falta esa obra. Para su época, el frenesí de gasto que llevaban las mujeres en trajes, joyas y sedas era «la causa de todas las miserias que padece la patria».

Una vez que a la mujer se la había colocado, sin apelación posible, en su lugar en el mundo y se le habían enseñado las virtudes principales que debía guardar en su comportamiento, los autores dan otros consejos que, con más detalle, perfilan la imagen ideal femenina, un ser cuya principal misión era complacer en todo al hombre:¹³ todos la caracterizan como alguien que jamás debe mandar, ni levantar la voz, ni quitarle la razón, ni hacer nada que no le guste. Si el marido es una fiera, debe soportarlo con humildad y paciencia y, si la engaña, no debe reprochárselo, ni hacerle entender siquiera que lo sabe (Vives da, incluso, ejemplos de mujeres que han llevado a casa a la amante del marido, por complacerlo). Si el marido le pega, debe pensar que es castigo de Dios, que recibe de su mano y estos sufrimientos que se pasan en la vida, no se pasarán en la otra. La diferencia se establece también en el estado de viudedad. Así como las viudas deben, como hemos visto, mortificar la carne y no pensar en otro posible matrimonio (ello sería considerado pecado de lujuria), Astete aconseja a los viudos que se casen pues «las cosas menudas y particulares de la casa son propias de la mujer y no del hombre». Sobre todo, si los hombres son viejos y están enfermos, aunque no piensen en tener hijos, deben contraer matrimonio

[...] para tener quien los regale y alivie y ayude a pasar los trabajos de la vejez y las molestias de la enfermedad [cap. I].

motivos económicos, algunos familiares (Vives [IX] señala que si no gastasen las mujeres, sus maridos podrían disponer de más dinero) y otros, como en Patón, de tipo político. Es muy numerosa la bibliografía sobre las modas femeninas de la época, por ejemplo, la obra de Deleito (1946).

13. Será esta parte la fundamental de estos textos. Ya vimos que es así en los medievales y ocurre en obras como las de Vives, fray Luis o Herrera. Aquí es donde se dibuja este molde de sumisión y perfecciones. Ya en los coloquios de Erasmo, aunque no se las descalifica, sí se las obliga a ser siempre las que cedan ante la voluntad o la ira del hombre.

Naturalmente, esta imagen ideal de virtudes, unida a la consideración que vimos reflejada de la mujer como un ser inferior física, intelectual y moralmente hablando, conformarán también la doctrina que en los textos de educación femenina se expresa sobre el acceso de la mujer a los bienes de la cultura.

El rey Sabio fue el primero en señalar la conveniencia del estudio para la mujer: por ello le preocupaba la compañía que se les debía dar y la importancia de buscar las ayas más convenientes, ya que a las niñas «no les conviene tomar enseñanza sinón del padre o de la madre o de la compañía que ellos les dieren». Las lecturas recomendadas son las religiosas:

E desque ovieren entendimiento para ello, dévenlas fazer aprender leer, en manera que lean bien las Oras e sepan leer en Salterio [Partida II, título VII, ley XI].

Sin embargo, el arcipreste de Talavera, en su *Corbacho* subraya que, cuando la mujer aprende a leer, no usa estos conocimientos para esos libros devotos, sino para leer cosas que no les convienen y las enloquecen:

Todas estas cosas fallareis en los cofres de las mujeres: Horas de Santa María, siete Salmos, estorias de santos, Salterio en romance... ¡nin verle del ojo! Pero canciones, dezires, coplas, cartas de enamorados e muchas otras locuras, esto sí [parte II, cap. III].

Eximenis nos habla de la polémica que se establece en esta época sobre la conveniencia o no de enseñar letras a las niñas. Los hombres pensaban que era más fácil de guardar una mujer iletrada y que las letras proporcionaban deseos de autonomía y libertad.

Desde Eva, la mujer se tacha de curiosidad por el saber. No hay que olvidar que el fruto que tentó a Eva llevaba encerrado el conocimiento. De ahí que el resultado de este deseo lo tengan siempre muy presente los moralistas y achaquen a la mujer este afán que reportó el castigo a toda la humanidad.

Incluso en un ambiente tan refinado como el que produjo el *Cancionero de Stúñiga*, el poeta Carvajales señala el peligro de la mujer letrada, por ser ella la heredera de Eva y de todos



sus males, y cómo el conocimiento solo podía llevar a la mujer a la perdición del hombre:

*Amad, amadores, mujer que non sabe,
a quien toda cosa paresca ser nueva,
que quanto más sabe mujer menos vale,¹⁴
según por exemplo lo hemos de Eva,
que luego, comiendo el fruto de vida,
rompiendo el velo de rica ignorancia,
supo su mal y su gloria perdida.
Guardaos de mujer que ha plática y sciencia.*

[fol. 138v.]

También Hernando de Talavera atribuye el mismo mal a las mujeres, que nace de su curiosidad y «esles de soportar porque es su natural, desde que la primera mujer, que traspasó el mandamiento, por codicia de saber».

Sin embargo, Eximenis se muestra partidario de que las niñas aprendan a leer y a hacer cuentas: «Con és bo que les dones sápien légir» (pp. 91-92).

Los motivos para que las niñas vayan pronto a un convento «per tal que aprenen letra» (p. 23) son dos. Uno, puramente moral: porque leyendo buenas obras se vuelven devotas, permanecen en casa y los libros les pueden servir de consuelo ante las tribulaciones de la vida. El otro responde a esa nueva mentalidad burguesa, por la que la mujer puede ser una ayuda en la economía familiar. Si el marido, comerciante, debe viajar, puede escribir a su letrada mujer sobre cosas del negocio:

Lo marit se pot mills secretejar ab ella que no si ella non sab. Car si non sab e lo marit li escriu, per força ho ha a saber altre [p. 91].

Por otra parte, el amor a las letras que aporta el humanismo se refleja pronto en los modos de las clases altas y la nobleza empieza a considerar la cultura como una de las formas de cortesía y de la buena educación.¹⁴ En España, la llegada al

14. El fenómeno de la influencia del humanismo en las clases altas, referente a la educación femenina, se estudia detenidamente en Anderson y Zinsser (1991).

trono de Isabel la Católica supone un cambio en la visión del saber. Esta reina, que dicta leyes feministas, que aprende latín y que posee una estupenda biblioteca de 253 títulos, hace que sus hijas aprendan también a leer, a escribir y latín. Una de ellas, Catalina, la esposa de Enrique VIII de Inglaterra, será una mujer cultísima, a quien dedican sus obras de educación femenina tanto Erasmo como Vives.

Juan de Lucena en su *Epístola exhortatoria a las letras*, subrayando el ambiente de la corte de los Reyes Católicos y el afán cortesano por emular a la reina en el interés por las letras, nos dice:

Lo que los reyes hacen, bueno o malo, todos ensayamos de hacer. Si es bueno, por aplacer a nos mismos y si malo, por aplacer a ellos. Jugaba el rey, éramos todos tahures; estudia la reina, somos agora estudiantes.

También fray Antonio de Guevara, en su prólogo a la *Historia del famosísimo emperador Marco Aurelio*, advierte: «Todos saben, todos leen, todos aprenden». Sin embargo, también en este momento se constatan posturas encontradas. Ya Pérez de Guzmán decía:

*De simple faze avisado
ver y leer ciertamente.*

Esto lleva a algunos moralistas al recelo de que la mujer avisada sea más difícil de controlar, en una postura similar a la del poeta Carvajales, como hemos visto. Proporcionar estudios podía llevar a la ruptura del orden familiar y jerárquico establecido. Si bien fray Hernando de Talavera en su *Avisación* (VIII) dice que la mujer puede pasar sus ratos de ocio leyendo u oyendo leer, en cambio también afirma que, como la mujer está obligada a obedecer en todo a su marido, si por los libros conoce cosas que son contrarias a la voluntad de él, puede desazonarse (IV).

De la misma manera, se alzan escandalizadas voces que arguyen que la lectura podía distraer a la mujer de sus obligaciones y que el conocimiento de las letras tenía el peligro de

darle la posibilidad de escribir y recibir misivas de sus enamorados. Así, fray Martín Alonso de Córdoba señala que las mujeres:

[...] pues no han de entrar en consejo, no han menester la ciencia. Solo a las reinas y princesas no es vedado entrar en sabiduría [III, I].

La actitud contraria subraya que es necesario que aprendan letras porque, leyendo los textos de educación creados para ellas, tomarán conciencia de su inferioridad y aprenderán cosas provechosas. En esta línea estará Luis Vives, quien indica que necesitan aprender doctrina y virtud porque, si son ingeniosas, el ingenio irá a lo malo. Pero Vives, al igual que Eximenis, sabe que insistir en el aprendizaje de las letras en las mujeres es ir contra una corriente muy poderosa:

Veo algunos tener por suspectas a las mujeres que saben letras, pareciéndoles que es echar aceite en el fuego, dándoles a ellas avisos y añadiendo sagacidad a la malicia natural que algunas tienen [cap. III].

Él piensa, por el contrario, que la sagacidad les hará leer libros de santos varones, que atemperarán su malicia. Es más, después de aportar un gran número de ejemplos clásicos y de señalar el conocimiento del latín de la reina Isabel y de sus hijas, añade un dicho atribuido a Aristóteles: «No hay mujer buena si le falta crianza y doctrina, ni hallarás mujer mala, sino la necia».

Es consciente de que a las mujeres que «tienen tan buen ingenio que parecen haber nacido para las letras, o que al menos no se les hacen dificultosas» es conveniente no dejarlas sueltas. Lo mejor es que ocupen su tiempo en leer para que su entendimiento las ayude, con los buenos libros, a aborrecer el vicio. Sin embargo, no es partidario de enseñar a aquellas que no son hábiles para las letras, aunque siente que estas no podrán enseñar a leer a sus hijos, que sería lo más conveniente.

Vives es uno de los pocos escritores de textos educativos que señalan algo más que el *Psalterio* para la lectura y dedica

mucho espacio al juicio sobre la bondad o maldad de los diferentes libros. Como no podía ser menos en un discípulo de Erasmo, abomina las novelas de caballería, mentirosas, y que además «añaden alquitrán al fuego ardiendo», pues si la dama piensa en las armas, pensará también en la fuerza del varón, de ahí en su cuerpo y poco a poco, pensando en ello «se emponzoñará».¹⁵

Menos aún le gustan las novelas amorosas, de las que piensa, como algunos moralistas medio siglo más tarde, que deberían estar prohibidas. Los amores no deben leerse, ni siquiera en autores clásicos, como Ovidio. «¡Pobre de ti! [exclama] que estás leyendo ajenos amores y poco a poco bebes el veneno que te ha de matar.» Aunque Vives suele ser muy comedido en su juicios, aquí se muestra inexorable: a la mujer hay que prohibirle los libros que no sean buenos; si no los quiere dejar voluntariamente, que se los quiten y, si no quiere leer otra cosa, que no lea. Aconseja, para las que saben latín, la Biblia, los Santos Padres, Platón, Séneca y Cicerón. Las otras podrán leer los romanceados, al Cartujano y a Erasmo.

En cualquier caso, las voces de los humanistas como Vives no acallaron las que también señalaban la incapacidad femenina para las obras del entendimiento y que se remontan a Salomón y al Eclesiastés VII, 29:

Entre mil varones hallé uno que fuese prudente, pero entre todas las mujeres, ninguna me ocurrió con sabiduría.

Esta frase la recogerá san Pablo, quien dice que, aunque las mujeres ardan en deseos de saber, nunca lo alcanzarán:

[...] que continuamente están deseosas de saber, sin llegar nunca al conocimiento de la verdad [II Epístola a Timoteo, 3, 7].

Alfonso de la Torre, en su *Visión Delectable* (1436?) ya dijo que las mujeres no pueden tener los bienes de la razón, sino

15. Melchor Cano repetirá algo muy similar, pero referido a la mera visión de los hombres. «Aquí suelen tener peligro las doncellas, en pensar cómo se holgarían con aquel o con el otro si fuese su marido» (p. 307).

solo los físicos. De ahí que la vergüenza tenga que ser su guía de comportamiento:

Como la vergüenza sea género de temor o especie, por causa de frialdad son temerosas et falças de corazón [...] ca comúnmente ellas no tienen sino algunos bienes corporales, así como la hermosura y semejantes cosas, así como no alcanzan los bienes del entendimiento, participalos imperfectamente y muchas fallescen de la perfección de los hombres perfectos [parte II, cap. VII].

También Hernando de Talavera parece estar de acuerdo con esta apreciación sobre la capacidad intelectual de las mujeres. Dice en su *Tratado*:

Digo que es natural a las mujeres la codicia del saber, porque aquella cosa es naturalmente más codiciada de que tenemos mayor falta. Pues como tengan comúnmente el entendimiento y la discretiva más flaca que los varones, parece que no sin causa quieren suplir su defecto, el cual se suple sabiendo. [Naturalmente, de aquí extrae una conclusión moral:] Ítem, les es cosa más natural el creer el mal de ligero, porque todos somos prontos al mal, por la flaqueza del entendimiento son ligeras de engañar [cap. IV].

Huarte de San Juan excluye la capacidad femenina para los estudios porque su cerebro es de categoría inferior al del hombre. Dice en el proemio de su obra:

Cuando Dios formó a Adán y Eva [...] les organizó el cerebro [...] llenándolos a ambos de sabiduría, es conclusión averiguada que le cupo menos a Eva [...] La razón desto es [...] que la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría [p. 67].

Huarte justifica la carencia de las mujeres, que señala la Biblia, por la naturaleza, pues «quedando la mujer en su disposición natural, todo género de letras y sabiduría es repugnante a su ingenio». Por ello aconseja a los padres que quieran gozar de hijos sabios y con habilidad para las letras que estos sean varones:

Porque las hembras, por razón de la frialdad y la humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo. Solo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero metidas en letras no pueden aprender más que un poco de latín, y esto por ser obra de la memoria [p. 331].

Naturalmente, Huarte no reprocha a las mujeres esta falta, porque no está en su voluntad, sino en la ley natural que las ha hecho hembras y, por lo tanto, débiles de cerebro. Él mismo señala que en el mundo hay mujeres inteligentes, instruidas y discretas. La razón está en que, puesto que la frialdad y la humedad son las calidades que echan a perder la parte racional, estas tienen menos grado de humedad y de frialdad que las otras, porque:

Pensar que la mujer pueda ser caliente y seca ni tener el ingenio y habilidad que sigue a estas dos calidades, es muy grande error [p. 309].

En cualquier caso, el menor grado de frialdad y humedad, que permite una cierta habilidad con las letras, no viene sin su contrapartida: esta mujer que tiene más parte racional tendrá grandes dificultades para la maternidad, pues el útero está relacionado con el cerebro y la mayor capacidad de este hace que el útero la tenga menor.

Tal vez las ideas de Huarte influyeron en los libros de educación posteriores, pues, a partir de mediados del siglo XVI, no encontramos en ellos la actitud hacia la educación literaria de las mujeres que aparece en los textos de comienzos de siglo.

Así, en *La perfecta casada*, fray Luis da mínimos consejos sobre la educación femenina. Se supone que ésta deberá ser la no fácil del ama de casa, que exige, por supuesto, unos conocimientos que no se improvisan. En cuanto a los estudios de la mujer, consistirán en librar de enojos al marido y ser su perpetua causa de alegría y descanso.

Cuando en el capítulo XVI debe glosar las palabras del versículo 26 «Su boca se abrió en sabiduría y ley de piedad en su lengua», vemos que la sabiduría no tiene nada que ver con las

letras sino con tener la razón despierta, ser sabia en el corazón y un habla dulce para el marido. La medicina que conviene a la mujer es la de preciarse de callar. La que no sabe y la que sí sabe «en todas es, no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco».

Sabiduría es lo mismo que cordura y discreción, cosas imposibles de aprender para una mujer que no las tenga «porque lo más propio de la necia es no conocerse y tenerse por sabia». Es más, sobre el cañamazo urdido por Huarte sobre la naturaleza femenina, se cuestiona la bondad y la honestidad de las mujeres letradas:

Así como la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio, simple y doméstico, así les limitó el entender y por consiguiente les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien le está y que mejor parece.

Más adelante, Gaspar de Astete (cap. VIII) no deja de tener sus dudas sobre la conveniencia de que los padres enseñen a leer a sus hijas, pues encuentra razones para aceptarlo o rechazarlo. No le parece inaceptable que aprenda en casa, enseñada por la familia o una persona honesta, siempre en presencia de los padres, pero de ninguna manera deberá ir a la escuela, porque los maestros son hombres y eso puede traer problemas. Además, se volverá callejera y su natural concupiscencia se verá agravada por la presencia de sus discípulos. Esta última razón no es nueva. Ya Fernán Pérez de Guzmán lo había señalado en el poema que hemos visto anteriormente:

*No es conveniente a ella ciencia
por el grand trabajo del estudiar
nin sería a ello onesto la presencia
de los escolares nin su conversar.*

En realidad, al padre Astete no le gusta que se enseñe a las mujeres, pero reconoce que a veces es forzoso, porque la situación de la familia exigía esta educación como un valor social,

como parte de la dote que había que otorgar a las hijas, que tenía que estar acorde con su linaje y posición. Incluso acepta que las muchachas aprendan a cantar, tañer y danzar, como cualidades para encontrar novio, aunque reconozca el peligro que pueden entrañar estas enseñanzas para la moralidad.

Admite también el provecho que los libros de oraciones o las vidas de santos pueden llevar al alma, con su consuelo y su ejemplo, pero no deja de indicar que, como las ficciones son más divertidas, si las leen se irá el gusto por los buenos libros, siempre más ásperos en su lectura. Lo que no consiente es que la mujer aprenda a escribir. Tiene el peligro de que podrá contestar a las cartas de los enamorados y además no les es necesario, por su condición.

En el mundo barroco, la descalificación hacia la cultura femenina es total. Desde los sermones hasta las novelas o las obras teatrales, todos los textos parecen estar de acuerdo en que la mujer es un ser inútil para la ciencia y que su cultura debe limitarse a la necesaria para la vida doméstica. Paralelamente, hay una burla general contra las «cultas latiniparlas», como las llamaba Quevedo.

No es, pues, extraño, que en el libro de fray Alonso de Herrera *Espejo de la perfecta casada* (1637) se excluya a la mujer del estudio. Aquí, frente a su maestro fray Luis, que no era partidario de la cultura femenina porque la naturaleza la incapacitaba para ello, parece que el motivo no es la negación del ingenio en la mujer, sino una cuestión de orden matrimonial y social, ya que la letrada se convertirá en un ser ingobernable, carente de la virtud de la obediencia y, por lo tanto, un peligro para el matrimonio:

No es bien que tenga la mujer una letra más que su marido.
Pues si ya son muchas letras, si es letrada y tiene entendimiento
y discreción, ¿quién se averguará con ella? [cap. V, X].

En unos momentos en los que era más necesario el sometimiento de las mujeres por el problema del honor y de los que sabemos que la realidad era muy distinta a los deseos de los varones, es natural que se intentara controlarlas. Si se las mantenía fuera del poder que puede dar la cultura, se las podría convencer de su condición secundaria y subordinada al

hombre y de la obligatoriedad del cumplimiento de las normas masculinas. Quevedo conocía muy bien el valor de la ignorancia como elemento imprescindible para aquellos que deben ser súbditos, como nos dice en estas líneas, que pueden servir de resumen a todo lo anterior:

En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes; el estudio que los advierte, los amotina. Vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan; en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina: y aquí empiezan a reinar sobre su príncipe [...] Pueblo idiota es la seguridad del tirano [*La hora de todos* (1635), Astrana Marín, 1932, pp. 252-254].

Como hemos visto, todos los textos de educación femenina en la Edad Moderna parten de la inferioridad de la mujer, presentando su descalificación física, moral y social, y colocando la masculinidad como principio de jerarquización y ordenamiento social. Las ideologías van evolucionando, pero nunca este principio, que se mantiene apoyado en distintas premisas.

Si la literatura didáctica medieval, influida por la difusión de la misoginia oriental a la que avalaban los textos religiosos de la patrística, reconocía a la mujer como el instrumento demoníaco para la condenación del hombre, el humanismo cambiará las formulaciones, apoyando sus aseveraciones sobre la inferioridad femenina desde la nueva visión que ofrecían la filosofía natural y las ciencias biológicas.

Los hombres de la modernidad quisieron descubrir cómo eran y cómo funcionaban el cosmos y el microcosmos que es el hombre. Galileo, Leibniz, Newton, Fallopio, Harvey, hicieron posible la revolución científica. Pero, como señalan Anderson y Zinsser (1991, pp. 119 y ss.), para la mujer esta revolución no tuvo lugar, pues a la hora de hablar de ella, los científicos dejaron de serlo, para ser solo hombres, y los escritos de los antiguos, que habían dejado de ser creídos a la luz de los nuevos descubrimientos, continuaron siendo artículo de fe cuando hablaban de la naturaleza femenina. Así, reafirmaron

científicamente lo que la costumbre y las leyes divinas y humanas habían postulado: «la innata superioridad del varón y la justificable subordinación de la mujer».

Por otra parte, los nuevos ideales burgueses fueron configurando unas nuevas expectativas sobre el comportamiento femenino, que, como ha señalado J.L. Sánchez Lora (1988, p. 45) cristalizan en un código ético-social más que moral-religioso. La mujer debía seguir esta normativa, sublimada por el honor que la sociedad concedía a quien la cumplía.

Las causas para el férreo control femenino seguirán una pauta, acorde con la evolución ideológica: 1) las leyes divinas, marcadas en la Biblia. 2) Las leyes de la naturaleza. 3) La biología. 4) Las leyes morales y civiles. 5) La norma social. Para ello se escriben todos estos libros educativos, a través de los cuales se va construyendo una imagen femenina modelo de subordinación, humildad, obediencia, silencio, honestidad, laboriosidad, dulzura y complacencia, que será ese molde que los Pygmaliones pretenderán (afortunadamente de forma infructuosa) que cobre vida real en las mujeres de la época.

Carmen García Herrero (1990, p. 110) nos descubre este molde, a través del estudio iconológico hecho por Llompart (1965) sobre una tabla conservada en el Museo del Pueblo Español de Barcelona.

Posa sus pies sobre la bola del mundo que desprecia, mientras sostiene en la mano la Biblia encabezada por el Magnificat o Imitación de María. Es *quieta*, con la cadena en los pies, *solicita*, como muestra el huso que porta en la otra mano, la candelá en el pecho representa la fidelidad (*fidelis*), *tacita* por el candado de sus labios, *subiecta* con el yugo sobre la cabeza. Es *pudica*, y así lo recuerda la cofia blanca, su corazón está abierto (*charitas*) mientras su ceñidor permanece apretado (*casta*) y el talle encorazado (*honesto*), por último, la escoba junto a ella simboliza su humildad (*humilis*).

Bibliografía

ANDERSON, Bonnie S. y Judith P. ZINSSER (1991): *Historia de las mujeres, una historia propia*, Barcelona, Crítica, vol. II.

ASTRANA MARÍN, L. (1932): *Obras completas de don Francisco de Quevedo. Prosa*, Madrid, Aguilar.

BATAILLON, Marcel (1937): *Erasmus y España*, México, FCE.

BOMLI, P.W. (1950): *La femme dans l'Espagne du siècle d'or*, La Haya, Nijhoff.

CANO, Melchor (1550): *Tratado de la victoria de sí mismo*, reed. en BAE, t. LXV, pp. 303-324.

COLOQUIO (1986): *La condición de la mujer en la edad madia. Coloquio hispano-francés*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense.

— (1989): *La mujer en el teatro y la novela del siglo XVII*, *Actas del II Coloquio de la GESTE*, Toulouse, Universidad de Toulouse-Le Mirail.

DELEITO Y PIÑUELA, José (1946): *La mujer, la casa y la moda*, Madrid.

DURÁN, M.^a Ángeles (1982): «Lectura económica de Fray Luis de León», en *Nuevas perspectivas para la mujer. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, Universidad Autónoma.

FONSECA, Cristóbal de (1592): *Tratado del Amor de Dios*, Salamanca.

GALSTAD, M. Louise (1980): *The presentation of Women in Spanish Golden Age Literature. An Annotated Bibliography*, Boston.

GARCÍA HERRERO, Carmen (1990): *Las mujeres en Zaragoza, en el siglo xv*, Zaragoza, Ayuntamiento (Cuadernos de Zaragoza, 62).

HENTSCH, Alice A. (1903): *De la littérature didactique du Moyen Âge s'adressant spécialement aux femmes*, Ginebra (reed. 1975).

JORNADAS (1984): *La mujer en la historia de España* (Madrid), *Actas de las II jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, Universidad Autónoma.

— (1986): *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Actas de las IV jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, Universidad Autónoma.

— (1987): *Literatura y vida cotidiana. Actas de las cuartas jornadas de investigación interdisciplinar*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

KNUST, H. (ed.) (1878): *Castigos e doctrinas de un sabio a sus hijas*, en *Dos obras didácticas y dos leyendas*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, pp. 249-295.

LACARRA, M.^a Jesús (1986): «Algunos datos para la historia de la misoginia en la Edad Media», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, pp. 339-361.

LENZI, M.L. (1982): *Donne e Madonna. L'educazione femminile nel primo Rinascimento italiano*, Turín, Loescher.

LLOMPART, G. (1975): «La Doncella virtuosa», en *Actas del III Congreso de Artes y tradiciones populares*, Palma de Mallorca.

LUCAS HIDALGO, Gaspar (1606): *Diálogos de apacible entretenimiento*, ed. moderna en BAE, t. XXXVI, pp. 280-216.

MARAVALL, José Antonio (1967): *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid.

— (1972): *Estado moderno y mentalidad social* (ss. xv a xviii), Madrid, Revista de Occidente.

— (1975): *Estudios de historia del pensamiento español. Serie III*, Madrid, Cultura Hispánica.

— (1979): *Poder, honor y élites en el siglo xvii*, Madrid.

— (1980): *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel.

MCKENDRICK, Meelvena (1974): *Woman and Society in the Spanish drama of the Golden Age*, Cambridge University Press.

MORREALE, Marguerita (ed.) (1958): *Los doce trabajos de Hércules de Don Enrique de Villena*, Madrid, RAE.

ONATE, M.^a Pilar (1938): *El feminismo en la Literatura Española*, Madrid, Espasa Calpe.

PÉREZ DE GUZMÁN, Alonso: *Relación a las señoras e grandes dueñas de la doctrina que dieron a Sara, [...] la qual doctrina conviene a toda muger, así a las altas dueñas e nobles como a las otras damas de qualquier estado*, ed. moderna en NBAE, t. XIX.

PROFETI, M.^a Grazia (1976): «Donna e scrittura nella Spagna del Secolo d'Oro», en *Donna e Società*, Palermo, Quaderni del Circolo Semiológico Siciliano, pp. 26-27.

REISSMAN, T. (1974): «Estratificación social», en Neil J. Smelser, *Sociología*, Madrid, Euramérica.

RUIZ DOMÉNEC, J.E. (1986): *La mujer que mira*, Barcelona.

SÁNCHEZ LORA, José (1988): *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, FUE.

SOMBART (1926): *Le Bourgeois*, París (cit. por Maravall, 1967, p. 175).

TORRE, Alfonso de la (1436?): *Visión Delectable de la Filosofía y Artes Liberales, Metafísica y Filosofía moral*, ed. moderna en BAE, t. XXXVI, pp. 339-402.

TORRES, Esteban (ed.) (1977): *Examen de ingenios para las ciencias de Juan Huarte de San Juan*, Madrid, Editora Nacional.

VIGIL, Mariló (1986): *La vida de las mujeres en los siglos xvi y xvii*, Madrid, Siglo XXI.

— (1991): «Conformismo y rebeldía en los conventos femeninos de los ss. xvi y xvii», en *Religiosidad femenina, expectativas y realidades*, Madrid, pp. 161-185.

XIMÉNEZ PATÓN, Bartolomé (1638): *Reforma de Trajes. Doctrina de fray Hernando de Talavera ilustrada*, Baeza.

ZARATE, fray Hernando de (1593): *Discursos de la paciencia cristiana*, ed. moderna en BAE, tomo XXVII, pp. 419-684.

BREVE historia feminista de la literatura española (en lengua castellana) /
coordinada por Iris M. Zavala. — Barcelona : Anthropos ; Madrid :
Comunidad de Madrid. Consejería de Educación, Dirección General
de la Mujer ; San Juan : Universidad de Puerto Rico, 1993. — 5 v. ;
20 cm. — ISBN 84-7658-402-4

II : La mujer en la literatura española : Modos de representación
desde la Edad Media hasta el siglo XVII / por Emilio L. Bergmann ...
[et al.]. — 1995. — 332 p. — (Pensamiento Crítico / Pensamiento
Utópico ; 90. Serie Cultura y Diferencia). — ISBN 84-7658-469-5

1. Mujeres en la literatura española - s. XIII - XVII 2. Literatura española -
crítica e interpretación 3. Feminismo y literatura I. Zavala, Iris M. (coord.)
II. Bergmann, Emilie L. III. Universidad de Puerto Rico (San Juan) IV. Título:
La mujer en la literatura española : Modos de representación desde la Edad Media
hasta el siglo XVII V. Colección
860.03:396

*A la memoria de
Lola Luna y
Ruth El Saffar*

Primera edición: 1995

© Iris M. Zavala, 1995

© Editorial Anthropos / Comunidad de Madrid, 1995

Edita: Editorial Anthropos. Promat S. Coop. Ltda.

Vía Augusta, 64. 08006 Barcelona

En coedición con la Dirección General de la Mujer,

Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid,

y con la Editorial de la Universidad de Puerto Rico

ISBN: 84-7658-402-4 (Obra completa)

ISBN: 84-7658-469-5 (Tomo II)

Depósito legal: B. 11.618-1993

Fotocomposición: Seted S.C.L. Sant Cugat del Vallès

Impresión: Edim, S.C.C.L. Badajoz, 147. Barcelona

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni
en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en
ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.